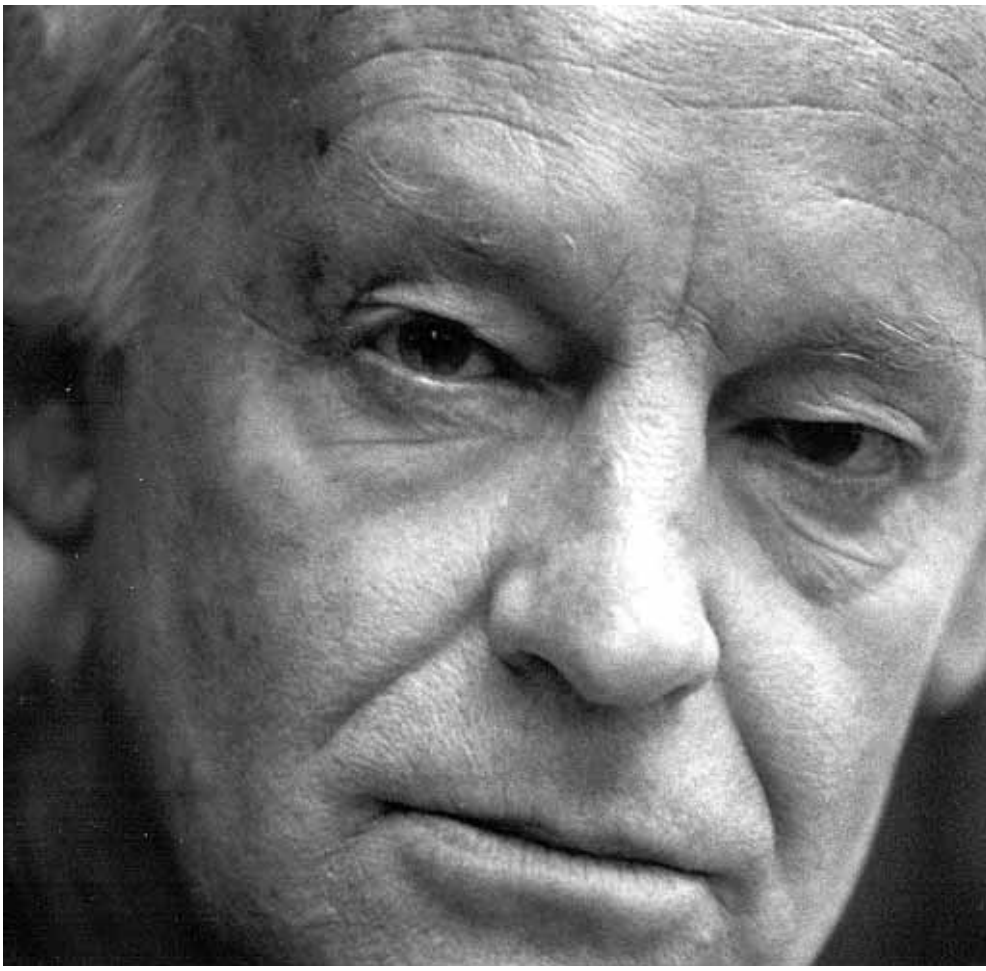
Eduardo Galeano

La magia y el poder de la palabra

Jaume Carbonell Sebarroja

Eduardo Galeano, Entrevista

Este escritor uruguayo habla de su obra y del oficio de escribir; de las culturas indígenas y de otras culturas secuestradas; del racismo en la escuela y de la educación pública, tan castigada en los últimos tiempos. Su prosa escueta, hermosa e incisiva hace que sus palabras sean especialmente mágicas y poderosas. Una escritura contra el abuso y la ignorancia y a favor de la libertad, la solidaridad y las causas de los sectores más desprotegidos.



Magela Ferrero.

Su obra es un acto permanente de escucha, diálogo y reflexión sobre América Latina. ¿En qué punto se encuentra de esa conversación y escritura?

De cuando en cuando escribo artículos de prensa, cuando me pica la mano algún episodio de la realidad inmediata: o sea, cuando siento que hay algo, entre lo mucho que cada día ocurre, que puede ayudar a desenmascarar la realidad escondida.

Pero estoy, sobre todo, dedicado a un libro que está creciendo dentro de mí. Una nueva casa para ofrecer, construida por muchos relatos breves, ladrillitos que tienen existencia propia y que se van juntando cuando ellos quieren y como ellos quieren, a su modo y manera. Los libros me escriben, como el buen vino me bebe: ellos deciden cómo y cuándo serán, libremente. Contar historias es lo que más me gusta hacer; y son ellas, las historias, las que me dictan las palabras que prefieren para decirse, en el momento que eligen. Pero yo las obedezco hasta por ahí nomás. Juan Rulfo me enseñó que se escribe más con la goma de borrar que con el lápiz; Juan Carlos Onetti me enseñó que las únicas palabras que merecen existir son las palabras mejores que el silencio. Las historias vienen llenas de palabras que sobran. Para decir más con menos, hay que trabajar mucho. Hay textos míos que han sido reescritos más de veinte veces, por respeto al silencio y por jurada guerra contra la inflación palabraria, que nos hace

más daño que la inflación monetaria.

Este libro en crecimiento contiene pequeños relatos que provienen, sobre todo, de la realidad actual de América Latina, la realidad de sus vigilias, sus sueños y sus pesadillas, pero también contiene historias de otras tierras y de otras épocas, sin límites en el espacio ni en el tiempo. Algo así como un gran viaje que es la suma de muchos andares por muchos caminos.

Los libros me escriben, como el buen vino me bebe

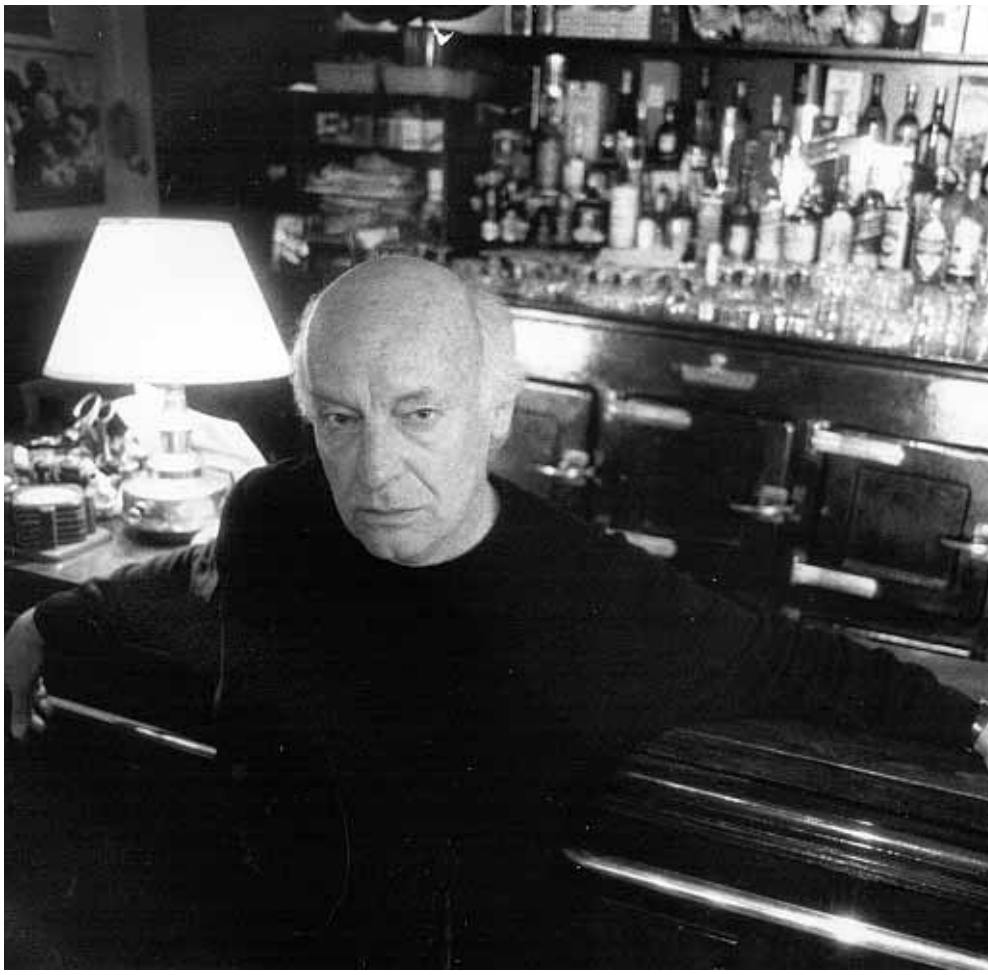
¿Podría citar una de sus alegrías más grandes y una de sus tristezas más hondas en esa conversación con América Latina?

Son muchas, cada día. No podría elegir. Cada día uno se cae y se levanta varias veces. Las alegrías más grandes y las tristezas más hondas provienen de la vida cotidiana, que no es para nada espectacular, pero tiene mucha magia escondida. Para eso escribe uno, al fin y al cabo: para revelar la grandeza de lo chiquito y denunciar la chiquitez de lo grandote. Para no ser mudo, hay que empezar por no ser sordo: escuchar las voces que tienen poca o ninguna resonancia, pero que a veces dicen verdades que valen la pena y que vienen de una boca pero hablan por muchas. En esas alegrías y en esas tristezas creo. Y suelen venir juntas, las alegrías y las tristezas, porque no hay cara que no tenga su contracara. Yo desconfío de las alegrías invulnerables y de las certezas absolutas. Las certezas, cuando son verdaderas, desayunan dudas; y las alegrías saben que todo cuerpo tiene sombra.

¿Qué supusieron la publicación y el posterior impacto de *Las venas abiertas de América Latina*? ¿Y qué y cómo nos ayudan a mirar sus *Memoria del fuego*?

Las venas abiertas... fue, y parece que sigue siendo, lo que quiso ser: un libro que se propuso difundir datos que estaban guardados, bajo siete llaves, en las obras que los especialistas escriben en código. Hace treinta años creí, y sigo creyendo, que valía la pena intentarlo. El libro fue el resultado de la experiencia, mis caminares por América, y también de mucha lectura. No me arrepiento ni de una coma. Han pasado los años, y *Las venas*... anda todavía. Eso significa que el desafío funcionó: era la primera vez que yo intentaba convertir el plomo en pluma y el libro llegó, creo, al lector que buscaba: ése que algunos intelectuales llaman, con desprecio, "el hombre común" —como si no fuéramos toditos los hombres miembros del común de los mortales, y como si las mujeres no existieran.

Las venas... divulgó abundante información que ayuda a mostrar que en este mundo no hay ninguna riqueza que sea inocente, y también ayuda a mostrar que el subdesarrollo no es una etapa hacia el desarrollo, sino la consecuencia histórica del desarrollo ajeno. La tecnocracia ha inventado eso de los "países en desarrollo", pero un enano no es un niño, aunque a primera vista se parezcan los dos. Los países subdesarrollados están como están, así de jodidos, porque han sido arrollados por el desarrollo de otros.



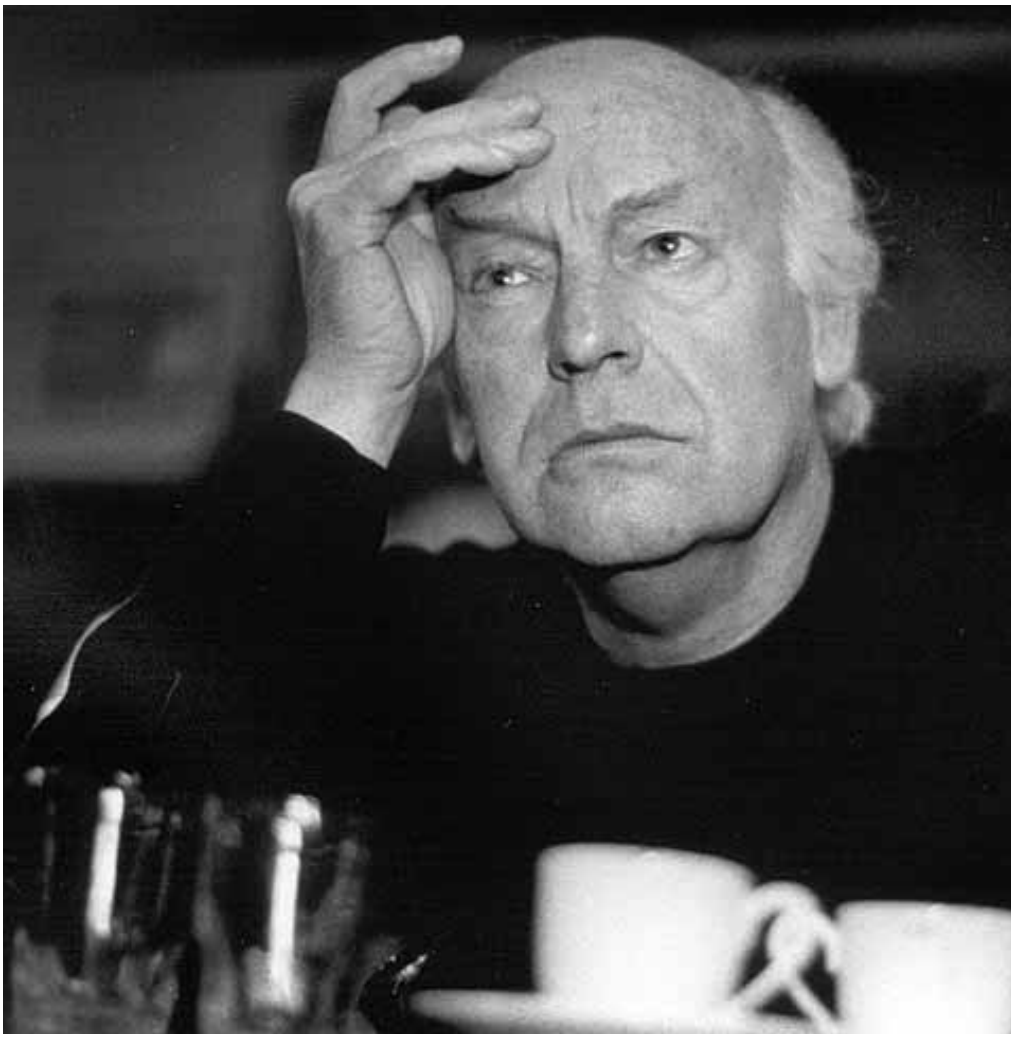
Magela Ferrero.

En la división internacional del trabajo, una cosa es tener la sartén por el mango y otra bien diferente es trabajar de huevo frito.

Para mí, *Las venas*... fue un puerto de partida. Desde ese libro me eché a navegar, de libro en libro. En mis años de exilio, escribí los dos primeros tomos de la trilogía *Memoria del fuego* en la costa catalana. Al regreso, en Montevideo, completé el tercero. La trilogía desarrolla, en extensión y en profundidad, esa primera exploración de la memoria americana. Es una tentativa de rescate de la historia en todas sus dimensiones, y ya no sólo en la economía política. En *Memoria del fuego* quise ayudar a la historia a escaparse de los museos, para que la pobre pu-

diera respirar a pleno pulmón: quise ofrecer los olores y colores y dolores de la vida viva, como si el pasado fuera presente. Quise contar lo que ocurrió de tal manera que vuelva a ocurrir cuando el lector lo lee.

La trilogía abarca el pasado de las Américas, del norte al sur; pero está, sobre todo, centrada en América Latina, que no sólo ha sufrido el despojo del oro y de la plata, del caucho y del cobre y del petróleo. También le han expropiado la memoria. Le han secuestrado la memoria para que ella no sepa de dónde viene y para que no pueda averiguar adónde va.



Magela Ferrero.

¿Qué es lo que no cuenta la historia oficial en la escuela?

Yo no soy historiador, soy no más que un escritor apasionado por la realidad y sus maravillas y sus horrores; pero la realidad no nace de la oreja de una cabra. Y, en América Latina, la realidad viene de una memoria que la realidad ignora. La contiene, pero la ignora. En estos últimos años, en varios países están cambiando las cosas, afortunadamente, en este sentido; y se han multiplicado los profesores que no se limitan a repetir los tópicos de los manuales. Pero todavía predomina el recitado de fechas y batallas, que reduce el pasado a un desfile de héroes de bronce que dicen frases pomposas y larguísimas y que invitan a los muchachos a dormir de aburrimiento. Todavía se sigue enseñando, en la mayoría de los casos, una historia completamente desvinculada de la realidad presente, y que, por lo tanto, no enseña a vivir la realidad presente como historia en movimiento. Y esa historia, siempre o casi siempre local, está también divorciada de la historia de los demás países latinoamericanos y de la historia mundial, que sólo aparece, cuando aparece, como el pasado de Europa.

En una novela del escritor estadounidense Don DeLillo, un personaje dice: "La historia es la suma de todo lo que no nos cuentan". Y en las Américas, de norte a sur, todavía se transmite la memoria del poder como única memoria posible. Salvando las excepciones, que las hay y que por suerte son cada vez más numerosas, padecemos un sistema educativo que está todavía enfermo de las enfermedades de las sociedades que lo han generado, y que lo usan para legitimar sus privilegios por derecho de herencia. Estamos enfermos de elitismo, que reduce el pasado y el presente a la obra de un grupo de elegidos; de militarismo, que cuenta la historia como una sucesión de hechos militares; de machismo, que condena a las mujeres al decorativo papel de sombras de los próceres; y también estamos enfermos de racismo, que nos impide ver el espléndido arco iris del que formamos parte.

> Yo desconfío de las alegrías invulnerables y de las certezas absolutas

¿Qué opinión le merece el tratamiento educativo que se da al llamado "problema indígena"?, ¿cómo piensa que debería abordarse?

El llamado "problema indígena" sólo es un problema desde el punto de vista de quienes condenan lo que ignoran. Hace un siglo y medio, el primer gran educador de las Américas, el maestro Simón Rodríguez, ofrecía este consejo al colegio del pueblo de Latacunga, en Ecuador: "Más cuenta nos tiene entender a un indio que a Ovidio. Emprenda su escuela con indios, señor rector". Y proponía que una cátedra de lengua quechua sustituyera a la de latín. No en vano lo llamaban "el loco". Simón Rodríguez predicaba en el desierto.

El desprecio por los primeros habitantes de las Américas, que se traduce en el desprecio por sus culturas, no sólo sigue siendo una expresión del racismo dominante en los países donde los indígenas son mayoría, o donde son muy numerosos. También es la prueba

de una patética falta de sentido común en los demás países, incluyendo el mío, el Uruguay, donde los indios fueron exterminados hace tiempo. Porque es el sentido común, el menos común de los sentidos, el que en vano nos aconseja que escuchemos esas voces que vienen del pasado, pero hablan al futuro. En toda América, del norte al sur, seguimos ignorando esta herencia cultural. Sus mensajes son, en primer lugar, el patrimonio vivo de los indígenas que han sobrevivido a cinco siglos de horrores. Con toda razón, ellos exigen que acabe de una vez el tiempo de la conquista; y también exigen, con toda razón, que se respete su derecho de ser ellos mismos. Pero ese patrimonio indígena es también una fuente de inspiración y de enseñanza para todos los demás. Hoy por hoy, metidos como estamos todos en los callejones sin salida de la cultura de la violencia y del consumo, esa fuente de muchas fuentes debería formar parte de los programas de enseñanza, al menos, en toda América.

Me refiero, sobre todo, a dos de sus vertientes: la vida comunitaria y la comunión con la naturaleza. Los indios, así llamados por el error de los navegantes europeos, que creyeron que América era la India, han podido perpetuar, a pesar de todos los pesares, un modo de vida centrado en la solidaridad comunitaria, y no en la codicia individual. Y han podido perpetuar, por milagro que la historia no había previsto, una cosmovisión que nos identifica con la naturaleza. Ellos siguen creyendo, y yo también, que somos hermanos de todos los que tienen piernas, patas, alas, aletas o raíces. Eso fue condenado, por delito de idolatría, durante mucho tiempo; y muchos fueron los indios ahorcados o quemados vivos por creer que la naturaleza era sagrada. Y era sagrada, y lo sigue siendo, a partir de la certeza de que nosotros formamos parte de ella. Todo crimen contra ella es un suicidio. Es inevitable matar por necesidad; pero es un crimen suicida matar por negocio o deporte.

¿Puede dar una breve opinión sobre el racismo en la escuela? ¿Y acerca de la posibilidad de una educación intercultural?

América, de norte a sur, es hija de muchas madres. Europa es una, pero no la única. La prueba más irrefutable del racismo en las escuelas americanas —y uso el término a sabiendas de que el Norte lo ha usurpado— es la ninguna atención que se dedica a África. Los millones de esclavos que atravesaron la mar para levantar las cosechas y alzar la casa del amo en América trajeron consigo culturas que han influido notoriamente sobre nuestra realidad actual, en todos los países: han influido en el lenguaje, en la comida, en la música... Y, sin embargo, ¿qué sabemos de África? Nada. Sólo lo que nos enseñó el profesor Tarzán, que nunca estuvo allí.

La educación intercultural es una necesidad del planeta entero. Ojalá podamos llegar a realizarla de forma verdadera algún día. La condición humana es una, porque es muchas, y de sus muchas fuentes se alimenta; pero en este mundo parecemos todos condenados a morirnos de hambre o de aburrimiento. Todo el mundo es Miami, y Miami. Y Miami. Yo todavía creo, por

Los países subdesarrollados están como están, así de jodidos, porque han sido arrollados por el desarrollo de otros

El maestro

Sonó el teléfono. Escuché la orden:

–Te llamo para decirte que vas a ser jurado.

–¿Jurado?

–Sí, sí. Jurado de un concurso.

–Gracias por avisarme –alcancé a balbucear.

Ella era alumna de una escuela de la calle Monte Caseros:

–Es un concurso de novelas. Las escribimos nosotros, los de sexto grado.

–Glup –dije.

–Te esperamos mañana –mandó.

Y fui. Hacía tiempo que yo lo había decidido: nunca más iba a aceptar ese trabajo insalubre que hace sudar la gota gorda, mortifica la conciencia y multiplica los enemigos. Pero fui.

Los novelistas eran todos los chiquilines de la clase. Ellos habían organizado aquel concurso de novelas, ilustradas por sus autores, y habían conseguido que el joyero del barrio donara medallitas con el nombre grabado de cada uno de los participantes.

Los jurados éramos tres. El maestro Óscar, puños raídos, sueldo de fakir; más una alumna, representante de los autores, y yo.

En la ceremonia de premiación fue prohibida la entrada de los padres y demás adultos. Los jurados dimos lectura al acta, que destacaba los méritos de cada uno de los trabajos. Fueron premiados todos, y cada premio recibió una ovación y una lluvia de serpentinas.

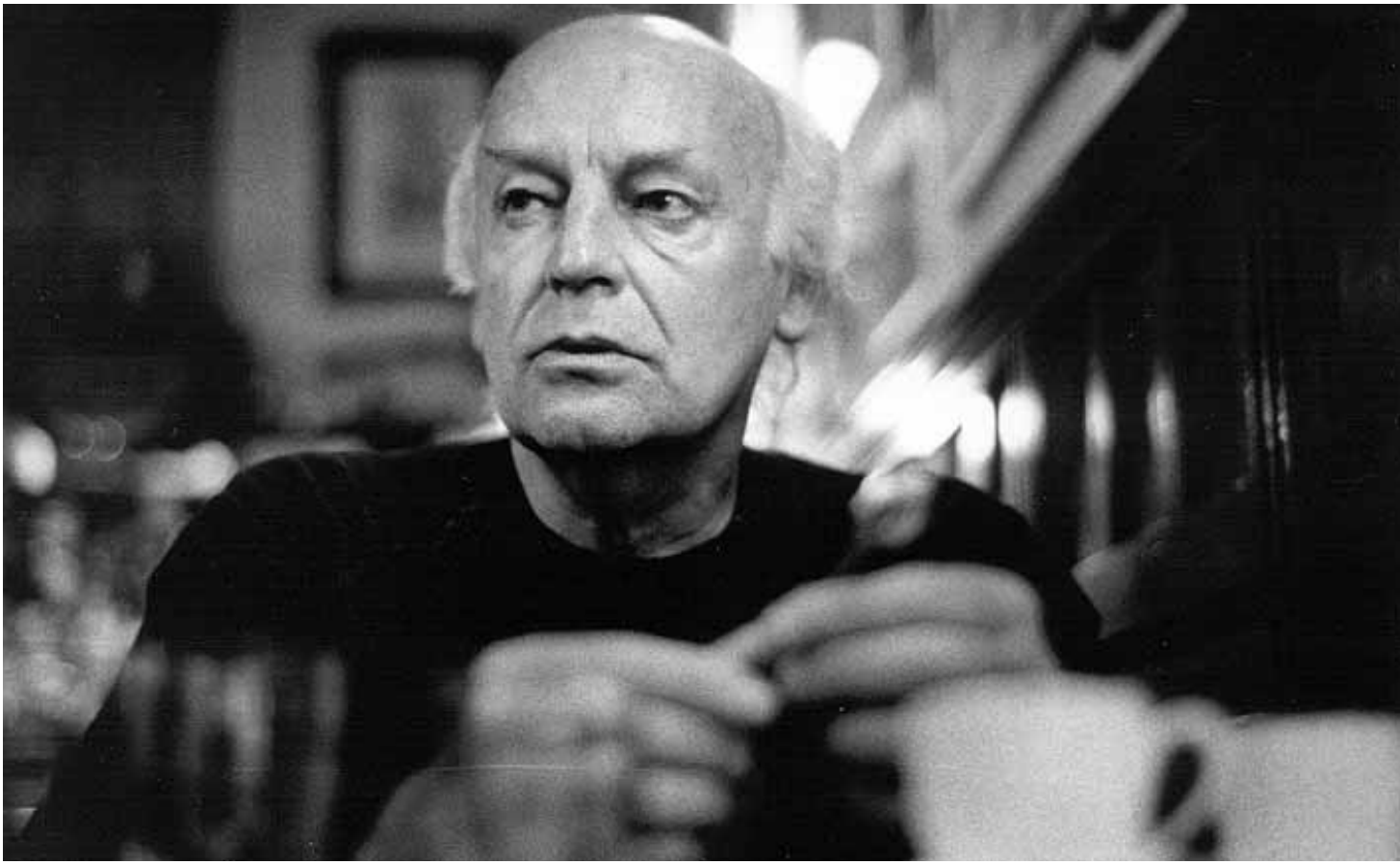
Después, el maestro Óscar me dijo que lo bueno que tiene enseñar está en lo mucho que se aprende:

–Nos sentimos tan unidos, que me dan ganas de dejarlos a todos repetidores.

Y una de las alumnas, que había venido a Montevideo desde un pueblo perdido en los campos, se quedó charlando conmigo. Me dijo que ella, antes, no hablaba ni una palabra, y muerta de risa me explicó que el problema era que ahora no se podía callar. Y me dijo que ella quería al maestro, lo quería *muuuuuuucho*, porque era él quien le había enseñando lo más importante:

–Aquí perdí el miedo de equivocarme.

Texto inédito de: Eduardo Galeano.



Magela Ferrero.

porfiado, que lo mejor que el mundo tiene está en la cantidad de mundos que el mundo contiene; pero ahí está la realidad, que me contradice y dice: sólo se puede elegir entre lo mismo y lo mismo.

Usted, que es un gran aficionado al arte del fútbol, ha escrito que en este deporte impera la ley del mercado, sólo importa el resultado y cada vez hay menos espacio para la fantasía y la creatividad. ¿Podría aplicarse también este análisis a otros ámbitos, como el escolar y educativo?

En el deporte, en la educación y en todo lo demás. La ley del mercado manda. Ahí está el desafío: en el deporte, en la educación y en todo lo demás. ¿Tendremos que resignarnos a ser una caricatura del poder? ¿Imitar al poder? ¿Seguiremos creyendo en las virtudes del mono y del papagayo?

Yo soy tan prehistórico que todavía creo: la vida puede ser una fiesta.

¿Qué se enseña en *La escuela del mundo al revés*?

La educación deseduca cuando enseña a consumir en lugar de crear. Volviendo al maestro Simón Rodríguez, hace más de un siglo y medio que él escribió para siempre: "O inventamos o estamos perdidos". La educación pública está siendo muy castigada por la política económica que se está aplicando en los países latinoamericanos con particular ferocidad en estos últimos años. Lo que no es rentable no es bueno, desde el punto de vista de la banca acreedora que está gobernando nuestros países a través de los políticos intermediarios. Y la educación pública no es rentable para un modelo que condena a casi todos a ser brazos baratos al servicio de los poquitos que mandan. Y entonces ocurre que la educación de la mayoría de los niños y jóvenes corre por cuenta de la televisión. La tele ocupa el lugar de la escuela y tele dicta cursos de consumo y de violencia. Se enseña a comprar, en lugar de enseñar a hacer; y las órdenes de consumo se traducen en invitaciones al delito.

¿Qué futuro le aguarda a la juventud latinoamericana?

Mañana no es otro nombre de hoy.

Últimas publicaciones

Las venas abiertas de América Latina, Madrid: Siglo XXI, 1971.
Días y noches de amor y de guerra, Madrid: Alianza, 1978.
Las aventuras de los jóvenes dioses, Buenos Aires: Kapelusz, 1984.
El libro de los abrazos, Madrid: Siglo XXI, 1986
Memoria del fuego, Madrid: Siglo XXI, 1986.
Las palabras andantes, México: Siglo XXI, 1993.
Patas arriba. La escuela del mundo al revés, Montevideo: Ediciones del Chanchito, 1998/ Madrid: Siglo XXI, 1998.
Tejidos, Barcelona: Octaedro, 2001.

La escuela

A finales del año 1999, el presidente del Uruguay inauguró una escuela en la zona de Pinar Norte.

Por tratarse de un barrio de gente pobre y trabajadora, el primer mandatario quiso enaltecer con su presencia este acto cívico.

El presidente llegó desde el cielo. Vino en helicóptero, acompañado por las cámaras de televisión.

En su discurso, rindió homenaje a los niños de la patria, que constituyen nuestro capital más valioso, y exaltó la importancia de la educación, que es la más rentable inversión en este mundo tan competitivo. A continuación, se entonó el himno nacional y se lanzaron al aire globos de colores.

Entonces, en el momento culminante de la ceremonia, el presidente regaló un juguete a cada uno de los alumnos.

La televisión transmitió todo en directo.

Cuando la televisión y el presidente terminaron su trabajo y el helicóptero se perdió en las nubes, las autoridades de la escuela procedieron a recuperar los juguetes repartidos. No fue fácil arrancarlos de las manos de los niños, que se negaban a devolverlos, pero afortunadamente no fue preciso hacer uso de la violencia para vencer la resistencia infantil.

La letra primera

Joaquín de Souza está aprendiendo a leer, y practica con los carteles que ve. Y cree que la P es la letra más importante del alfabeto, porque todo empieza con ella:

Prohibido entrar
Prohibido arrojar basura
Prohibido fumar
Prohibido escupir
Prohibido estacionar
Prohibido fijar carteles
Prohibido encender fuego
Prohibido hacer ruido
Prohibido...

Para triunfar en la vida

Según informa el diario *The Times of India*, una nueva institución educativa está funcionando, exitosamente, en la ciudad de Muzaffarnagar, al oeste del estado hindú de Uttar Pradesh.

Allí se ofrece a los adolescentes una formación especializada. Uno de los tres directores, el pedagogo Susheel Mooch, tiene a su cargo el curso más sofisticado, que incluye, entre otras materias, Secuestros, Extorsiones y Ejecuciones. Los otros dos directores se ocupan de materias más convencionales. Todos los cursos incluyen trabajos prácticos. Por ejemplo, la enseñanza del robo en autopistas y carreteras: los estudiantes, agazapados, arrojan algún objeto metálico sobre el automóvil que eligen; el ruido detiene al sorprendido conductor y entonces se procede al asalto, que el docente supervisa.

Según los responsables, esta escuela ha surgido para dar respuesta a una necesidad del mercado y para cumplir una función social. El mercado exige niveles cada vez más altos de especialización en el área del delito, y en el mundo de hoy la educación criminal es la única que asegura a los jóvenes un trabajo bien remunerado y permanente.

¿Cuántos maestros de las escuelas tradicionales podrán reciclarse y adaptarse a estas exigencias de la modernidad? De los que yo conozco, ninguno. Me consta que son incapaces de matar ni a una mosca, y el talento no les da ni para asaltar a una anciana huérfana y paralítica.

La risa

En alguna parada, un enjambre de muchachos invadió el ómnibus.

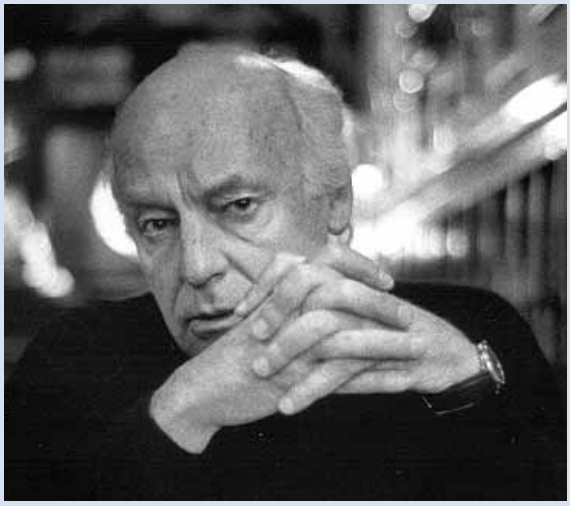
Venían cargados de libros y cuadernos y chirimbolos varios; y no paraban de hablar y de reír. Hablaban todos a la vez, a gritos, empujándose, zarandeándose, y se reían de todo y de nada.

Un señor increpó a Andrés Bralich, que era uno de los más estrepitosos:

–¿Qué te pasa, nene? ¿Tenés la enfermedad de la risa?

A simple vista se podía comprobar que todos los pasajeros de aquel ómnibus habían sido ya sometidos a tratamiento y estaban completamente curados.

Sombríos, graves, esos rostros del Museo de Cera atravesaban la ciudad de Montevideo, de casa al trabajo, del trabajo a casa, a salvo de cualquiera de las infecciones que en el mundo acechan.



Magela Ferrero.